
Capítulo 11

Cómo abordar la noticia desde la realidad *

*Javier Criado ***

Mi agradecimiento, ante todo, a las personas que me han invitado a venir aquí y a todos vosotros que tenéis la paciencia de hablar con un psiquiatra. Voy a intentar basarme en los conocimientos científico-naturales y científico-culturales que poseo para hablar de este tema.

Desde el punto de vista de las hermandades, éstas necesitan que se hable de ellas, porque toda la realidad humana conlleva esta necesidad. Necesitan que el comentario que se haga de ellas sea teóricamente positivo, pero esto no quita que se pueda hacer también una crítica de lo negativo, como es propio en un análisis objetivo de la realidad. Si no se critican las cosas, no se corrigen. Humanamente, donde no hay crítica no hay corrección, a menos que se tenga una capacidad de sublimación tremenda (cosa que habitualmente no se da en nosotros). Toda persona tiene una capacidad de crítica permanente, pero hace falta alguien que esté enfrente para que le diga a uno el terreno que tiene por delante, cómo lo está pisando, y cómo lo debería de pisar. No se trata de que esté de acuerdo con su opinión, sino de hacer la reflexión sobre su verdad y sobre la objetividad o subjetividad que hay en ésta.

* Intervención tenida en el Panel "La Información Cofrade desde las hermandades" celebrado en el "I Encuentro sobre Información Cofrade".

** Médico-psiquiatra y hermano mayor de la Archicofradía del Santísimo Sacramento y Pontificia y Real de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Pasión y Nuestra Madre y Señora de la Merced.

Este es el gran reto de un buen informador, de un comunicador, de un buen elucubrador de la noticia. Tiene que conocer la realidad, tener una base real no manipulada, pero sí elucubrar sobre ella.

Desde el punto de vista de las hermandades, y aquí me atrevo a hacer un "mea culpa", pienso que las hermandades de Sevilla, las únicas que conozco, terminaron su época gloriosa y están entrando en un bajón muy significativo en muchos parámetros sociológicos absolutamente evidentes. Y esto sucede aunque nosotros no los queramos ver a través de nuestro barroquismo psicológico. Abordamos las cuestiones cofrades casi como pregones, con esa pirueta en el aire de magnificencia, que tiene su sentido y que tiene su lógica en un momento determinado (como puede ser un pregón), pero que carece de sentido en otra esfera de la pronunciación hacia fuera, de la exposición de la problemática que uno tiene delante. Las hermandades, yo creo, estamos en una bajada y nos mentimos a nosotros mismos. No es bueno mentirse a sí mismos. Y puedo incluso contar datos anecdóticos de esto. Se llevan años leyendo en la prensa, en los libros y en todos los escritos, el "boom" de los nazarenos, de la gente en la calle en Semana Santa. Sin embargo, se pueden hacer estudios sociológicos sobre el contenido factible de personas en el recorrido de mi cofradía, y se ve que no tiene significación alguna en esta ciudad. Esas personas se meten en menor espacio que las que se podrían habituar en el estadio Ramón Sánchez Pizjuán.

Estos son datos reales, demográficos. Por tanto, no significa que sea malo o bueno, pero sí que yo no puedo ser prepotente y hacer una manifestación tremebunda. Por ejemplo, hace veinte años vemos una fotografía de la Macarena entrando en su basílica, y en ésta se observa que estaba el lugar absolutamente abarrotado, no cabía un piojo. Hoy se puede comprobar en una fotografía del mismo sitio, que no sólo se mantiene esa proporción de gente, sino que ha disminuido y en muchísima entidad. Cualquiera que vea hoy esa cofradía sabe que hay seis, siete u ocho filas de personas, unas detrás de otras viéndola entrar, pero nada más. Existe una aglomeración de personas entre la noche del jueves y media madrugada, pero la mañana del viernes ha bajado significativamente desde el punto de vista demográfico. Y, sin embargo, seguimos diciendo que sobra gente viendo las cofradías.

¿Sabéis una cosa? Hace treinta años la Macarena, cuando salía del arco y entraba en la catedral, recorría el perímetro completo de esa zona de la ciudad. No había más Sevilla del arco para allá porque allí se terminaba la ciudad.

Hoy la correlación con la proporción de habitantes de Sevilla es que del arco para allá hay infinitamente más gente que del arco para la catedral. Sin embargo, seguimos creyendo que del arco a la catedral sigue siendo el ombligo del mundo. Y evidentemente, ha dejado de ser, no el ombligo del mundo, sino el ombligo de la ciudad y se ha quedado sólo como el casco histórico. Y si queréis más, como el

casco histórico-artístico, pero no como el casco demográfico de nuestra población.

En cuanto a significación de nuestras filas de nazarenos, cierto es que las hemos aumentado, pero no en proporción con el aumento de la ciudad. Esto se puede hacer con correlaciones absolutamente fijadas. El aumento demográfico en la cofradía de los nazarenos de San Benito era mucho más espectacular ayer que hoy, o lo mismo de la cofradía que queráis. Y fijáos que estamos leyendo, escuchando todo lo contrario. Y uno dice: pero bueno, ¿qué análisis de la situación estamos viendo, cuando nos estamos engañando a nosotros mismos? Porque esto no es la realidad, por lo menos, no la realidad que yo conozco como psiquiatra y cofrade. Porque yo he ido a muchas cofradías en las que te dan papeletas de sitio, y en otras te dan un pescaíto o te invitan a una copita. Y os puedo garantizar que el mismo que dice a la Prensa «cuántos empujones», «cuánta gente», está dando poco después papeletas de sitio en la Junta de Gobierno, tres horas más tarde. Y se llevan estadillos económicos, de cruces, de nazarenos... Y cuando se termina, se compara con los del año anterior. Y como le falte uno, está el cofrade sudando, lo cual indica que nos estamos mintiendo o que la realidad psicológica y sociológica del tema no es la misma. Si nos sobran, ¿para qué plantearnos problemas?

Sin embargo, actuamos como si nos sobrarian. Esto, desde el punto de vista organizativo del interior de la hermandad, es demencial. O se buscan las realidades y sobre éstas se maneja o se estrella uno. Y aquí, por lo que yo veo, oigo y experimento, no se toca la realidad. Entonces, ¿cómo hay que abordar la noticia desde la realidad?

Aunque sé que aquí no tenéis que ser todos católicos, os tiene a todos que interesar el tema de la información cofrade como profesionales. Del mismo modo que tenéis que aprender la realidad psicopatológica de la comunicación sociológica del medio donde desarrolláis. Y ésta no consiste mas que en conocer las verdades. Yo os pido a todos vosotros, como parte interesada en el asunto: ¡Cuidadme el tema, decídmelo con buenas palabras y adornadlo, pero ante todo, decidme la verdad! Porque mi gente aprende la realidad en que se mueve o mi gente se estrella. Y es mi obligación que no se estrelle y la vuestra la de dar esa información.

Y..., ¿cómo? Bueno, allá cada uno con su conciencia, porque tenéis que darla objetiva.

Sé que vengo aquí como hermano mayor, estoy haciendo una crítica de la Semana Santa y no porque quiera dañarla. En ocasiones me he visto obligado a estar fuera por mi profesión, pero en Semana Santa he logrado siempre estar aquí. Y creo que no hay nada más entrañable en mi expresión como sevillano que la Semana Santa. Nada hay en esta ciudad que identifique más al sevillano, al estilo que yo lo siento, que esta fiesta. Por lo tanto, estoy ahora mismo intentando, no sólo cuidarla, sino intentando meterla entre trapitos calientes. Pero no de los de hacer pregones

fatuos, ni ripios, que para eso hay que ser poeta. Y si todos queremos hacer ripios, nos convertiremos en una ciudad de ripiosos y tendremos una información ripiolera. Y esto nos lleva al desastre, a la hecatombe. Hace falta una información veraz, que analice los temas. Ahora, ¡cuidádmelos!, ¡analizádmelos con delicadeza, con cariño!, ¡protegédmelos, que son mi vida!

Por eso estoy aquí, para cuidarlos, pero ¡no cerréis los ojos! No decidme que las calles están llenas. ¿Qué calles se llenan? Menos que el estadio Ramón Sánchez Pizjuán, y ¿le voy ha decir a la gente que son muchas, porque yo prefiero ir sólo con mi mujer cogido del brazo y también quiera pasearme por la calle Francos a las doce de la noche de una madrugada y que no haya nadie? ¿También quiero yo eso? Pues claro, entonces lo que necesito es que nos cojan a mi mujer y a mí en un fanalito de alcohol y que nos pongan allí muy bien y que digamos que esa es la felicidad en la vida. Yo admito perfectamente su subjetividad. Pero no es la mía. No es la que quiero para mí ni para vosotros.

Y esto sirve para que os pida que cuidéis de esa otra Sevilla a la que le hace falta un paso. No a la calle Serpes, sino a la de la Macarena para allá, a la le que hacen falta diez pasos, porque no hay calles por donde pasen pasos. ¿Y ustedes saben una cosa? Hoy, sociológicamente, y es mi opinión como psiquiatra, he oído que se pone la gente las manos en la cabeza cuando el Gran Poder viene de San Lorenzo y pasa por la plaza de la Gavidia, montándose allí la de Dios en Cristo. ¿Y sabéis por qué? Porque no tiene por que no montarse, porque antes en Sevilla no existía un niño que naciera, y advierto que lo penséis bien como periodistas, porque el tema se las trae, que en Semana Santa no viera varios pasos delante de sus narices, que oliera a cera. Y no había un sólo niño que no conociera perfectamente el ruido de un paso de palio. Me estoy refiriendo a una situación sociológica general, no sólo a los niños de familias cofrades. Pues bien, ese niño, fuera de la cofradía que fuera, cuando pasaba el Señor del Gran Poder, sabía que era el Señor del Gran Poder. Y no tenía por qué ser creyente o no creyente, Pero, sin embargo, sabía la significación que aquello tenía para la ciudad y se callaba. Todo se identificaba alrededor de símbolos vivenciales, como podían ser los capiroteros, que servían para no hacer una referencia personalizada.

Y después de esto, me pregunto: ¿qué entiende de capirotes, qué reflexión simbólica va a hacer un niño de las Tres Mil Viviendas o del Parque Alcosa; en fin, de Sevilla? Es que hablamos de Sevilla y creemos que Sevilla son sólo los barrios céntricos e históricos. Pero hay una realidad: o yo transmito a la Sevilla de fuera de ahí el sentimiento de las calles Francos, Chapineros, plaza del Salvador, Cuna, Orfila, etc., o si no tengo esa capacidad, Sevilla se me convierte en la plaza de la Gavidia en la madrugada del Viernes Santo. Y que esto sea por necesidad sociológica, no por mala voluntad de quienes están allí, sino por incapacidad de los que estamos aquí.